

LOCAS OBSESIONES

Enrique Tenenbaum

Escrito para el Simposio sobre la Locura, PPS, agosto de 2003

I

Había tomado el tren a tiempo, me había sentado junto a la ventana, había considerado que la luz matinal llegara desde la izquierda para que iluminara sin hacer sombra mis papeles, y así poder concluir las notas que había tomado para leer en este *Simposium*, y me disponía a sacar con aire ligero el capuchón de mi estilográfica cuando el tren se detiene bruscamente a pocos segundos de haber arrancado. Sorprendidos, los compañeros de viaje miramos a nuestro alrededor, y en el andén vemos al unísono bajar del tren a dos que corrían y a dos que gritaban. Yo no sé qué corrían los que corrían pero sí sé que gritaban los que gritaban. Gritaban ¡locos! ¡Lunáticos! ¡Alienados!

Todo se calmó rápidamente, el tren emprendió la marcha nuevamente, yo saqué la vista del andén y me dispuse a sacar el capuchón de mi estilo..., cuando uno de mis compañeros de habitáculo se levanta como un resorte de su asiento y dice, con tono exaltado:

Yo digo, que de esta enfermedad, la de los lunáticos, hay que aceptar la idea de quienes la consideran universal y que cada quien la sufre por grados, ya que es inseparable de la vida tanto como de la muerte, ¿quién rehusaría acercarse a nuestro debate y decirnos sobre ella lo que ha sido de su experiencia? Ya hemos escuchado a Diótima en este viaje, ya sabemos de la suerte de Penia y del nacimiento de su hijo, en el vagón contiguo, ya Sócrates nos advirtió sobre Agatón, de modo que no será pretencioso de nuestra parte acercar nuestra humilde opinión sobre este tema que ha merecido tan dispares tratamientos, tanto dignos como indignos. Por cierto, agregó, hablo con conocimiento de causa, soy médico y jurisconsulto, Jacques Ferrand, a sus órdenes.

Dicho esto sentóse el tal Ferrand, cerróse su boca y abrióse mi desconcierto. Si mal no recordaba el tal Ferrand había sido un oscuro médico español al que la iglesia había censurado, allá por 1602, por sacrílego, tergiversador e indecente, lo cual lo hacía por de pronto simpático, pero no podía ser posible que estuviera allí conmigo, en ese viaje. Pensé que habría padecido un breve estado de desanudamiento temporario, que había sufrido uno de esos efectos de desrealización que ocurren cada tanto, y sin pensarlo más tuve el coraje de ponerme de pie y decir, como dije, que sin dudas nuestra enfermedad había sido atacada con múltiples armamentos, y aunque –como ya Ud mismo decía, mientras miraba a mi ocasional interlocutor- nadie escapa a su dominio y hasta el vulgo ha de poseer doctrina y medicina para enfrentarla, sin embargo hay quienes han osado declararse ajenos a su reino e inmunes a sus hechizos. He sabido –os lo digo en voz baja puesto que son gentes de temer- que una poderosa sociedad imperial autodenominada Deus Sum Medicus, que para abreviar y, según el gusto particular que estos locos tienen por las iniciales se hacen llamar DSM, y que van ya por su cuarta república, que esta poderosa sociedad imperial ha decidido abolir nuestra enfermedad expulsándola de sus dominios bajo la misma forma en que le ocurrió al divino Sócrates. No he sabido si nuestra terca huésped ha seguido la misma suerte y ha caído en el país de la inmortalidad a causa de la cicuta imperial, o si agazapada espera, atópica, por nuestra ayuda. Lo que sí sabemos, es que quien la vio escabullirse entre las páginas de un misterioso libro pudo escuchar que se quejaba de su destino y que aceptaría, tal vez, si fuera menester, ser tratada con otra dignidad, y hasta con otros nombres que los que hasta ahora se le conocen. Todo menos la anomia, dije, salpicando mis últimas palabras, las que me revolcaban de una en el siglo XXI.

Debo decir que los viajeros comenzaron a concentrarse en el pasillo del tren, cercano al habitáculo. Alguien de entre ellos dejó oír un “no se crean que porque somos muchos lo vuestro es interesante... es que el paso está obstruido”.

¡Ya dejemos a un lado a los funestos y oscuros heraldos del pragmatismo!, exclamó Ferrand exaltado, tal vez molesto por lo que acababa de escuchar, y ocupémonos –dijo- de los remedios y conjuros que nuestros ancestros inventaron para curar el mal o –al menos- prevenirlo. Hoy sólo le mencionaré los tres o cuatro que me han parecido más eficaces, no sé si como instrumentos de cura pero sí para advertirle de cuán doloroso remedio nos espera si no sabemos cuidarnos y alejarnos de sus dañinos influjos.

El primero es una purga, que así se prepara: se ponen a hervir muy lentamente un puñado de borraja, con raíces de achicoria, más endivia, ajedrea y doradilla. A esto se le agrega un puñado de lúpulo, pasas de uva limpias, tres ciruelas dulces, algunas semillas de melón, de calabaza y de pepino, y cuando el preparado se reduce en un tercio se le agrega nuevamente achicoria y lúpulo más algunas frutas olorosas de estación. Se deja hervir por segunda vez, añadiendo azúcar de primera calidad. Cuando se haya hecho un jarabe muy claro se deja reposar y se toma una medida diaria durante cinco o seis días.

En casos graves, como ahora con los antibióticos, pensé, mejor tomarlo durante siete días.

Y le repliqué que yo de cocina sabía bastante, y que Avicena, el enciclopédico -¿o será que lo leí en la enciclopedia Avicena?- , proponía para las mujeres el simple artificio de alejar los vapores que a la cabeza ascienden desde los vasos seminales y desde la matriz, por medio de un pesario hecho de raíces de lirio o de nenúfar, mientras que Luis de Mercado, amigo mío y primer médico de los Reyes de España, recomendaba colocar un clíster vaginal compuesto por leche de cabra, agua salada y miel.

Sin amilanarse, y dando pruebas de su saber médico, nuestro compañero de viaje Ferrand sostiene que prefiere nutrir la vagina de la enferma con una mezcla bien cocida de lentejas, flores y hojas de sauce, a la que añade –para el confort de la joven- alcanfor.

Insistió mi compañero que en Alemania, van Heurne tenía fama de médico agresivo pero eficaz, y preparaba su célebre mejunje con agua de fuente, 3 cabezas y tres patas de cordero trituradas convenientemente, varias hojas de laurel, verdolaga recién cosechada, dos puñados grandes de belladona y de siemprevivas, y las cocina muy bien. Se toman dos veces al día, antes de las comidas y, lo que es muy importante, se toma como el vino tinto: a temperatura ambiente.

Ferrand se sienta, se relame el bigote con aire triunfante y me mira como diciéndome: chupáte esta mandarina.

Yo, como los cítricos me indigestan, no me callo y presumo de mis amigos y le digo, final y terminante: no habrá que dejar de mencionar a Mercurial, el docto, quien presume haber curado a algunas jóvenes del furor uterino o locura de amor usando aguas minerales frías, como hacen en Italia con las aguas de la virgen o *di villa*.

Parece difícil de creer, me dice al oído Ferrand, ya que bien sabemos que la cura de la melancolía erótica ha de hacerse por la vía de la humectación como recomienda Galeno para toda enfermedad melancólica, mientras que es sabido, y nunca está de más recordarlo hoy –presume-, que las aguas minerales tienen propiedades desecadoras, y por tanto contrarias a la curación de la melancolía erótica.

En eso pasa el vendedor ambulante que recorre el recto laberinto del pasillo ferroviario, y ambos pedimos a la vez y de viva voz una botella. ¿Con gas o sin gas?, le pregunto, como bajando el tono de la disputa.

Así, casi sin darnos cuenta, le hemos devuelto a nuestra amiga escondida uno de sus nombres, tal vez el más olvidado de los que tuvo en la historia. Melancolía erótica.

La rescatamos de la anomia y la devolvimos a sus primitivos fueros. Y ahora, apreciando el paisaje mientras degustamos el agua mineral *du pays*, convoco a mi vecino, que casi se adormecía por el rechinar rítmico de las ruedas del tren, que la rescatemos a nuestra locura del bárbaro dominio médico y me cuente de sus amigos los poetas, que me hagan saber por él su parecer.

Ferrand se retuerce espasmódicamente y, como poseído por fuerzas extrañas y locas visiones comienza a recitar con voz de hojalata: De las seis pasiones del alma, el amor es la única que parece no ser provechosa para nadie, ya que, de las cosas no naturales, la ira sirve a los aburridos y perezosos, el temor sirve a los locos, la tristeza tanto a locos como a temerarios, la vergüenza a los descarados y la alegría a los melancólicos. Pero el amor... el amor es el principio y origen de todas nuestras alteraciones y el compendio de todos los trastornos del alma.

Yo intento bajar a la tierra el discurso, y le espeto académicamente: El amor es considerado causa eficiente de la erotomanía, de la pasión amorosa, de la locura amorosa. El viejo Aristóteles decía en su *Ética* que los amantes, si no están locos, se comportan como locos, y en su *Retórica* pone en boca de Eurípides que el nombre de Venus procede de la locura, ya que el nombre de la diosa empieza con la palabra *aphrodis*, locura. En efecto, no está permitido ni a los dioses amar y ser sensatos.

Pero Ferrand a esa altura estaba sacado, chapita, le giraba loco el tornillo que le faltaba, y recitaba como obnubilado: Amore, muerte cruel, a-more. Los italianos... los italianos, susurró antes de caer dormido sobre el bonaerense e incólume tapizado del tren.

Amor dolor y muerte, me dije casi en silencio, como para no despertar al iracundo anácrono.

Recordé a Cupido azotado, aun con la venia de Venus, azotado por el látigo voluptuoso que cabe a los amantes. Cupido azotado y maltrecho es alojado en el palacio de las esperanzas, que Petrarca construye, y al que se entra tras superar tres escalones, el primero es el descaro de la mirada, el segundo el desbordamiento de la palabra y el tercero la afectación o la violencia de la mano.

Pero es Apolonio de Tiana, grita Ferrand, como resucitando del sueño, quien construye la salida del palacio, por la cual el amor no correspondido o traicionado es castigado con otros tres escalones, el recelo, la pérdida y el dolor, los síntomas ordinarios, al decir de nuestro guía, de la melancolía.

Sí, sí, los síntomas... los síntomas, siempre los síntomas.... Confieso que eché al viento esa frase porque no tenía qué decir, tan apabullante es la semiología... y nos quedamos en silencio unos instantes, hasta que se me ocurrió preguntarle por algo más sustancioso que los síntomas. El órgano.

No se dejó rogar, y recitó, como de memoria, que el anatomista disecciona el cuerpo de los amantes melancólicos que murieron de amor o cometieron suicidio, y presta atención a los humores, los humores secos, oscuros, vencidos por el dolor, y descubre –para su pesar– que estos humores no alteran –sin embargo– los vasos ni los ventrículos del cerebro. Pero no cesa en su búsqueda y al final encuentra, como todo anatomista encuentra, en el destino de su objeto, la evidencia muda que esperaba siempre: encuentra el músculo de la melancolía amorosa, aquel que brinda esa mirada lateral, escudriñante, inquieta, que los antiguos tenían por signo indubitable del mal. Y lo nombra: el músculo amoroso.

Pablo de Egina afirma, para contradecir a sus colegas, que mientras “todas las otras partes del cuerpo permanecen en buena salud, sólo los ojos de los amantes son afectados”, lo cual es avalado por Cristóbal de la Vega, quien entendía por *collapsus* un lento movimiento hacia abajo de los ojos. Pero si los amantes melancólicos apenas pueden con sus párpados, siempre caídos en señal de duelo, se enfervorizan los que acechaban en el corredor del tren.

Entonces la polémica se fuerza y se dirime invocando a Platón: en tanto Eros es hijo de Penia el amor es duro, flaco, sucio y, sobre todo, seco. Sus ojos pues, más que inquietos han de estar hundidos y sin lágrimas. Y para rematarla, se relame el disertante, se atribuye a Ovidio, aquel que curaba el mal de amor, afirmar que el amor no es un dios, como suele decirse, sino un sabor amargo

y un error. Justamente, dice el colado que asomaba su cabeza por la ventanilla del habitáculo, a Platon le responde Pablo de Egina, diciendo que sus argumentos son muy valederos, pero que tenga presente que “yo hablo de los enamorados, sí, pero de los enamorados que están locos”.

Confieso que a esa altura del viaje pensaba en por qué no me habría llevado algún voluminoso equipaje como para que nadie se sentara a mi lado ni enfrente y no tuviera que preocuparme por sostener una conversación tal y tener que divagar sobre semejantes desatinos, en especial a sabiendas que aquí, en este Simposium, me esperaban y que no había logrado concentrarme seriamente en mi alocución. Pero, por algún motivo la conversación fue más fuerte que yo, la conversación me antecede y me obliga, me fuerza y me sujeta. Y cuando Ferrand se había llamado al silencio de Morfeo, en eso llegó Pascal...

No es que hubiera llegado en ese momento, Pascal estaba sentado desde el principio oyendo, o haciendo como que oía la desafortunada conversación entre Ferrand y yo. Cuando constató que Ferrand estaba indubitablemente dormido, se levantó de su asiento, se sacó el saco y dijo así, sin que tuviera siquiera ocasión de presentarme o de presentarse:

Antes de adentrarnos en las variadas curas que se han propuesto para el objeto de vuestra divertida conversación de hoy, echo una mirada al asunto mismo de la mirada. Y le pregunto, señor que va al Simposium. ¿Es acaso la mirada lateral, aquella que inmortaliza a Medea en el fresco de Pompeya, una mirada amorosa, o tal vez es una mirada loca, o son ambas?

La mirada amorosa perfora el objeto amado, el amor es exterior al amado y lo penetra. Es la mirada del pintor, es la mirada del amante, es la mirada del deseo que el sueño pinta con rasgos perceptivos, digo con autoridad, un poquito porque lo pensaba y otro poquito porque tenía abierto su libro justo en esas paginas.

Pero es una mirada que ha de desviarse, sin embargo, cuando se le permite a Psique visitar a Eros, justamente a condición de no posar sobre él la mirada. La mirada que se desvía, que se lateraliza, insiste Pascal, a quien a esta altura ya prefería nombrarlo por su apellido, vista la tarjeta de presentación que rezaba Pascal Quignard en su sexo y en su espanto, Quignard insiste que no es la mirada del amante. Me recuerda, casi me impone que recuerde a Ovidio y su Metamorfosis, cuando relata cómo Medea clava su mirada en aquel Jasón que baja del barco. Lo contempla, mantiene los ojos fijos en su rostro. En su demencia le parece que no son los rasgos de un mortal. Ya no puede apartar de él su mirada.

Pero no es esa la mirada de Medea cuando furiosa por la traición de Jasón, ahora ya mortal para ella, mantiene su mirada fija, pero no fija en el objeto, sino que sostiene una mirada fija, fascinada, embotada, los ojos esquinados, ojos de toro, ojos torvos, bizcos, signo tanto del furor, de la locura como de la fiebre amorosa, pude a penas replicarle.

La mirada del melancólico, también es lateral, también es mirada de pudor, mirada de espanto, pero es de postración, una mirada sin apetito, una mirada sin deseo, una mirada tediosa, caída,...suspira Pascal.

El tedio es lo que sigue al goce. Y Quignard cae en el tedio del sueño, se reclina sobre el asiento de Ferrand, y apoya sin querer su cabeza sobre el extemporáneo hombro del médico francés. Estaban uno junto al otro y sin embargo, me vino este pensamiento como una ráfaga, sin embargo parecen tan, tan...tan ajenos a una escena común.

II

De pronto el tiempo es un torbellino, todo gira vertiginosamente, hasta que al cesar el movimiento loco, noto que me encuentro en un apacible viaje por un sendero montañoso, en un día luminoso y sereno. Entra al pequeño habitáculo un joven de profusa barba y pedante pipa que se sienta a mi

lado, y pregunta, sin siquiera considerar la presencia de aquellos dos durmiendo hombro contra hombro, me pregunta, como si me conociera desde el inicio de mi viaje, si habíamos atravesado ya la frontera.

No lo sé, le respondí, y como si se reanudara una conversación pendiente el joven se despachó en una serie de consideraciones sobre un lugar al que no podía yo dejar de ir. Se notaba que él quería asesorarme sobre un viaje, sobre unos frescos en la ciudad de Orvieto. Lástima que no pude ayudar al personaje, que se debatía luego entre nombres sin sentido, Bo Bo, Traffio Traffoi, en fin, seguramente estaba muy perturbado.

De ese viaje recuerdo ahora que hablamos sobre las costumbres de ciertos habitantes de aquella tierra, y de cierta clara posición de los hombres respecto de aquello que se trata la vida: la vida es sexo, y si el sexo no es posible, la vida no es posible. Sexo y muerte, una vez más hermanados. Quién hubiera dicho que aquel joven perturbado fundaría dos términos, lengua y dialecto, para hacer corresponder a aquellos cuya preocupación es por el sexo, y a aquellos cuya preocupación es la muerte.

Pero, en verdad, quien se preocupa por la muerte se preocupa por la muerte del sexo. Eso creí que había dicho Pascal antes de caer bajo el sopor del tedio. Estrategias, conjuros contra el tedio, ese tedio que irrumpe, perturbador, cuando el goce amoroso se consume.

Le pregunté al joven barbudo si sabía el por qué el taedium latino se traduce en las históricas como asco y en los obsesivos se translitera como tedio, pero parecía no escucharme, retraído en su ensimismamiento.